

en todas direcciones, Bonaparte por no querer que llegara á repasar el Adige.

Víctor defendió á Marengo cuanto tiempo pudo, y Lannes, que le sostenía, hacía esfuerzos heroicos para conservar sus posiciones, pero á las diez de la mañana la retirada era inminente. En este momento acudió Bonaparte con una división de caballería y la guardia consular, pequeño cuerpo formado de hombres escogidos, pero no se pudo ni recuperar las posiciones de Marengo y Castel-Ceriolo que Víctor y Lannes tuvieron que ceder, ni impedir la retirada que ya había principiado de una manera formal. La batalla se había perdido. Esta era la opinión de Bonaparte. Melas creía también la batalla ganada, y en su consecuencia el viejo general se retiró á Alejandría para descansar y anunciar sus triunfos, dejando á su jefe de Estado mayor Zach que formase á los austriacos en columna para llevarlos á Plasencia.

En marcha los austriacos desde poco más de mediodía, llegaban entre dos y tres de la tarde á San Giuliano, en donde encontró su cabeza el camino guardado por los franceses, era el cuerpo de Desaix que había acudido al cañón y que había tomado posiciones.

Desaix corrió luego de llegar al encuentro de Bonaparte que le explicó lo sucedido; «sí, replicó el heroico joven, la batalla se ha perdido, pero no son más que las tres, dijo mirando su reloj, y hay tiempo para ganar otra.» Bonaparte comprendió en seguida que Desaix en Marengo había de hacer lo que Augereau en Castiglione y Arcole.

Bonaparte tomó inmediatamente sus disposiciones lanzando á las tropas frescas de Desaix al ataque, cayendo este muerto de un balazo á las primeras descargas. Los soldados que le vieron caer se sintieron poseídos de un furor ciego y atacaron al enemigo con una fuerza tanto más irresistible cuanto menos los austriacos podían esperar esta segunda batalla.

La bayoneta era la que iba á decidir la batalla cuando se presenta Kellermann, el hijo del Kellermann de Valmy con su caballería que Desaix había reclamado al atacar y corta la columna en dos. Zach y sus granaderos que iban á la cabeza no tienen más medio que rendirse. Desde este momento la derrota de los austriacos es completa, y el ejército vencido no logra refugiarse en Alejandría en donde el viejo Melas no puede creer lo que está viendo, sino dejando entre muertos, heridos y prisioneros en manos de los franceses no menos de 12.000 hombres. Los franceses habían perdido durante las

dos batallas 7.000 hombres. Pero la batalla había sido decisiva; al otro día Melas enviaba á Bonaparte un parlamentario.

Melas pedía una convención para retirarse. Bonaparte le concedió que pudiera retirarse detrás del Mincio con los honores de la guerra, salvo entregar todas las plazas fuertes que poseía entre los Alpes y el Mincio. Melas aceptó, y entregó dichas plazas, mientras esperaba la aprobación de un convenio por su gobierno. A estas condiciones concedió Bonaparte el armisticio que pedía el general austriaco.

La noticia de la derrota de Bonaparte por Melas corrió por todas partes con antelación suficiente á la victoria de Bonaparte que nadie quería creer. Así fué el entusiasmo de los milaneses que ya se veían de nuevo en manos de los austriacos más grande que nunca al vale de nuevo vencedor.

Bonaparte quiso aprovechar el tiempo que le quedaba hasta saber lo que se decía en Viena sobre el armisticio, reorganizando la república Cisalpina y creando la república Piamontesa á la que dió un gobierno provisional y por comisario de la misma á Jourdan, con esto continuaba embaucando á los patriotas y á Francia, á la que le hizo saber, que al asistir á las cátedras de Milan al solemnisimo *Te-Deum* cantado para celebrar sus victorias, el clero le había llevado al sitio que en el presbiterio ocupaban en otros tiempos por motivos análogos los *emperadores de Occidente*. Esta fué la primera ocasión en que Francia oyó de Bonaparte la palabra emperador.

Pero Bonaparte recibió en Milan noticias terribles para su posición personal. Supo que en París se había acreditado tanto la noticia de su muerte que se pensó formalmente en darle un sucesor, y que se había vacilado entre Carnot y Lafayette quién, puesto en libertad por el tratado de Campo Formio, vivía alejado del movimiento político en sus propiedades patrimoniales; á dar fe de vida y á prevenir si era posible tales alardes de independencia corrió Bonaparte á París, en donde es fácil calcular el entusiasmo con que fué recibido, y las alabanzas y lisonjas de que fué objeto por todas partes por la de aquellos cuyo porvenir estaba en su mano. Sólo el Tribunado guardó una actitud digna, y Daunou y Benjamin Constant no sólo asociaron á Bonaparte á Desaix, sino que se atrevieron á hablarle de libertad.—3 de Julio.—Bonaparte no se dejó vencer, y á los pocos días Carnot perdía el ministerio de la Guerra.

Bonaparte al dejar la Italia había entregado el mando del ejército á Massena para desenojarle, pues

no sin razón decía éste que por dos veces le había sacrificado á su gloria.

Moreau por su parte la alcanzaba también en Alemania. Cuando supo que el paso del San Bernardo se había realizado, pasó él el Danubio poco más abajo de Ulm, para obligar á Kray á que abandonase el campo atrincherado que ocupaba cerca de dicha ciudad. Kray temeroso por su línea de retirada avanzó intrépidamente contra Moreau, pero Lacourbe al frente de la caballería rechazó la caballería austriaca, esto al mismo tiempo en que Moreau al frente de la infantería se apoderaba de Hochstett y decidía la batalla,—19 de Junio.

Kray tomó por la orilla Norte del Danubio, pero Moreau no le persiguió sino que continuó avanzando. Repasó el Danubio, marchó contra Augsburg, y uno de sus generales ocupó esta vez á Munich, 28 de Junio, de modo que estaba en situación según las circunstancias de acudir por el Tirolo á Italia, ó de marchar directamente á Viena. El 15 de Julio, después de haber limpiado de enemigos la vecindad de los Grisones firmaba con los austriacos un armisticio que le daba la ocupación de la Suabia la Franconia y la mayor parte de Baviera.

Todo venía á exaltar en un momento crítico la gloria de Bonaparte. Los triunfos de Moreau eran suyos; suyos eran los de Kleber de quien se sabía que había vencido en Hetrópolis, lo que parecía asegurar la posesión de Egipto. En medio de todos estos triunfos, Bonaparte lanzó su gran manifiesto, este era un aviso del ministerio de Hacienda que daba la grata noticia á los tenedores del papel del Estado que por primera vez se pagaría en el próximo semestre íntegramente la renta en metálico. Esta que estaba á trece por cinco francos de renta, subió á cuarenta y continuó la alza sin desfallecimientos. Y como si toda esto fuera poco, el 21 de Julio recibía del emperador de Austria y de Alemania la aprobación de la convención de Alejandría. A todos pareció que la paz era ya un hecho. Bonaparte, pues, se había creado una situación irresistible.

Austria había aceptado el armisticio pero no para ir á la paz, habiase comprometido con Inglaterra el mismo día de la batalla de Marengo á no hacerla por separado hasta Febrero de 1801, por lo menos mediante un subsidio de sesenta y dos millones, y no quería ni podía faltar á su compromiso, y como Inglaterra no quería la paz y ella no podía hacerla sin Inglaterra, la continuación de la guerra quedó aplazada y nada más, sin embargo, se quería aprovechar la circunstancia para reorganizar los ejércitos

tanto como para conocer que es lo que ahora quería el primer Cónsul.

Presentóse el conde de Saint-Julien á París en nombre de Austria, pero este bizarro militar no entendía nada en achaques de diplomacia, y se dejó enredar por Talleyrand hasta el punto de firmar los preliminares de la paz bajo las bases de Campo-Formio, esto es, indemnizando á Austria en Italia de sus pérdidas en Alemania, dejándole ver la posibilidad de ganar con la línea del Mincio á Mantua,—27 de Julio.

Saint-Julien fué desautorizado y como el armisticio iba á terminar, Austria pagó su prorogación entregando al ejército de Alemania las plazas fuertes de Philipsburg, Ulm é Ingolstadt.

Entonces Thugut mandó de nuevo á Cobenzl, quien en Luneville se encontró con José Bonaparte. El primer Cónsul quería que su nombre resonase en todas partes y que sus hermanos adquiriesen notoriedad. En Luneville, pues, Cobenzl presentó la proposición de que se celebrara un Congreso para la paz en el que tendría asiento Inglaterra, esto equivalía á romper todas las negociaciones, y en efecto, el primer Cónsul le intimó que si no se avenía Austria á tratar por separado con Francia, la guerra iba á principiar de nuevo. José Bonaparte dió á Cobenzl cuarenta y ocho horas para aceptar este ultimatum, Cobenzl lo rechazó. La guerra principió de nuevo el día 28 de Noviembre del año 1800.

Bonaparte había ahora acordado no tomar parte personalmente en la guerra, para que los que ya él llamaba sus generales, se hicieran la ilusión de que combatían para su gloria propia y personal, y para que se conformaran á marchar bajo sus órdenes todos aquellos que aún sentían latir sus pechos por la república. Sin embargo, reemplazó á Massena por Brune, porque Massena había hecho ya demasiado para temerle. Pero al mismo tiempo daba á Augereau el mando de 20.000 hombres destinados á operar en el Mein para facilitar el avance de Moreau á quien encargaba el papel principal en esta nueva campaña. Antes envió algunas tropas á la Toscana que ocupó para impedir un desembarco de ingleses, y mandó á Macdonald á los Grisones para apoyar á Brune, á quien le llevaba Murat un cuerpo de reserva. Esta vez todos los cuerpos estaban bien preparados para una campaña de invierno que se abría con trescientos mil hombres, teniendo de reserva á otros cien mil.

Austria ponía en línea un ejército poco más ó menos igual, pero reemplazó á Kray por el archiduque Juan, hermano del emperador, joven sin prác-

tica alguna de la guerra que resolvió tomar desde luego la ofensiva cuando todo le aconsejaba esperar en buenas posiciones el ataque de Moreau. Este que no podía presumir el avance del archiduque tuvo que concentrar sus fuerzas en Hohenlinden, y esta concentración se hizo batiéndose bizarramente con Grenier y Ney que era su divisionario, tomando esta concentración el archiduque por una retirada.



Fox

El 1.º de Diciembre tenía concentradas sus fuerzas Moreau en Hohenlinden, elevándose su número á sesenta mil hombres.

El archiduque atacó; llevaba 70.000 hombres y creía segura la victoria. Esto le hizo meterse por medio de bosques de incómodos senderos, en donde sus columnas de ataque eran recibidas por Grenier y Ney con un fuego espantoso, sin que ni por un mo-

mento pudieran llegar á la meseta de Hohenlinden. En el momento preciso en que la nieve dejaba de caer, pues la batalla del 3 de Diciembre se había principiado con la nieve, Moreau nota que el enemigo vacila en atacar, comprende que esto es debido al movimiento que había ordenado al general Richepanse que ejecutase para atacar la columna á que hacían frente Garnier, Ney y Grouchy, y man-

da á Ney, que se batía á las órdenes de Grouchy, que se lance con su impetuosidad acostumbrada sobre el enemigo. Ney resulta irresistible y el enemigo retrocede dejando en sus manos diez cañones y muchos prisioneros. Ney continúa avanzando y pronto llega á ponerse en contacto con Richepanse que lleva la columna del archiduque en derrota, se dan la mano los dos intrépidos generales, y embistiendo

de nuevo completan la derrota del austriaco, que pierde en esta batalla cerca de 20.000 hombres y ochenta y siete cañones.

Austria acababa de sufrir un segundo Marengo. Moreau pasó el Inn el 9 de Diciembre y se unió con Lecourbe que no había tomado parte en la batalla por haber estado de observación de las fuerzas del Tirol. El archiduque Juan les esperó en Salza,



Pacificación de la Vendée

—14 de Diciembre de 1800,—en una fuerte posición que forzaron Lecourbe y Decaen.

Desde este momento Austria, propiamente dicha, quedaba abierta á la invasión; el 21, Moreau pasaba el Ems. Otro que no él hubiere avanzado rápidamente sobre Viena y se hubiere dado la gloria de entrar en esta ciudad eclipsando ó poniendo en jaque la popularidad de Bonaparte, pero se prestó á las proposiciones que le hizo el archiduque Carlos de un armisticio para tratar de la paz con exclusión de Inglaterra,—25 de Diciembre.

Sin embargo, para no avanzar y para conceder el armisticio tenía Moreau buenas razones, y era el no

saber cosa alguna ni de Augereau ni de Brune. Augereau siempre intrépido había ido llevando su ejército por la Franconia hasta las fronteras de Bohemia en donde estaba detenido por fuerzas numerosas. Sin estar, pues, comprometido, no era en este momento ventajosa la posición de Augereau, y por consiguiente el armisticio, caso de conocerlo Moreau, llegaba á tiempo, tanto más cuanto que se le abandonaba por él la orilla derecha del Danubio hasta Ems y el Tirol.

En Italia, Brune, no debía forzar el Mincio hasta que Macdonald no se hubiese presentado amenazando la retaguardia austriaca. En su consecuencia de-